

Al fin consiguieron que Cárlos se marchara; y las viejas triunfantes aseguraban haberle quitado una presa al diablo al menos por el pronto.



CAPÍTULO V.

Chucho el Ninfo hecho pollo.

YA había trascurrido largo tiempo después de los acontecimientos que acabamos de referir, cuando una circunstan-
cia inesperada vino por casualidad á reanudar el hilo de esta historia, sirviéndonos dicha circunstancia de abundante materia, con agradable sorpresa nuestra.

Estábamos en el teatro Nacional, y nuestras miradas recorrían las localidades, pasando esa revista de que no se puede prescindir cuando se encuentra

uno en el centro de una reunión. Algunos conocidos viejos, tal ó cual familia á quien habíamos dejado de ver mucho tiempo y muchas personas más, fueren objeto de nuestra atención, en seguida nos arrellenamos, no diremos muy cómodamente, en nuestro asiento, disponiéndonos á gozar del espectáculo, cuando nuestra vista se fijó en un pollo.

Era el tal un jovencito como de catorce á diecisiete años, con el pelo castaño claro, hermosos ojos, tierna y sedosa barba, boca voluptuosa y fresca y magníficos dientes.

Estaba muy bien vestido: su ropa era flamante, su camisa de irreprochable blancura, y sus manos estaban oprimidas en unos guantes color de lila. El jóven era una de esas personas que tienen la misión de hacerse ver y el derecho de no pasar nunca desapercibidas.

En sus maneras revelaba el amañamiento y el estudio: no cesaba de moverse cual si pesara sobre él la imprescindible obligación de cuidarse, de revisarse á sí mismo incesantemente. Ora se tocaba el nudo de la corbata para cerciorarse de si se le habia descompuesto; ora se veía los puños de la camisa para cuidar que salieran lo suficiente más adelante de la manga de la levita, cubriendo la extremidad inferior del guante; ora recorría lentamente aunque con disimulo las costuras del guante, por si la seda hubiera podido faltar y descoserse; ora se arreglaba la barba, después el pelo; ora, en fin, tomaba una actitud que sostenía por largo tiempo, fingiendo estar preocupado con la vista de alguna jóven, pero en realidad nada veía.

Si se hubiera podido sorprender su pensamiento se le hubiera encontrado

pensando que su figura era elegante, y que en aquella actitud realzaban sus prendas físicas á los ojos de algún observador que lo estuviese contemplando.

No era corto de vista, pero de vez en cuando creía darse un aire interesante plegando ligeramente los ojos, como si apurara la vista para distinguir algún objeto distante, y en seguida abría decididamente los párpados, pensando entonces que sus ojos tomaban la expresión interesante y franca que le era habitual.

Si se encontraba con la mirada de alguna jóven, se le veía afectar cierto disimulo y tomar una actitud que favoreciendo sus contornos, proporcionara á la interesada la ocasión de estudiarlo, de verlo bien, de convencerse que aquel jóven era apuesto, buen mozo y gentil como un Adonis.

Este acopio de observaciones, enjendró en nosotros el deseo de averiguar quién era aquel jóven.

—¿Conoce usted á aquel pollo?

—No: es nuevo, me dijo un amigo, ya me había llamado la atención.

Repetí esta pregunta y nadie pudo darme más razón del jóven sino que se había hecho ver: en suma, su exterior no había pasado desapercibido para la mayoría; pero de sus antecedentes, nadie sabía una palabra, ni siquiera su nombre.

Me dirigí á uno de esos Perez que todo lo saben y tuve estos datos.

—Este jóven vive en la calle de***

Me dijo mi hombre una calle céntrica.

—Creo que es hijo natural de***

Me dijo el nombre de un personaje.

—Parece que lo ha reconocido hace poco, y pasa por su sobrino; pero es su hijo.

—¿Y cómo se llama?

—Se llama..... ya no me acuerdo de su nombre.

Á la sazón me saludaba una señora desde la platea inmediata.

Esta señora me dió al día siguiente estas noticias.

—Yo sé perfectamente la historia del jóven, y supuesto que usted se interesa en conocerla, me dijo la señora, voy á contársela.

Viajaba yo hace poco en diligencia: antes de las cuatro de la mañana del segundo día de viaje, entré al coche para acomodarme anticipadamente en mi asiento. No conocía á ninguno de mis compañeros de viaje; además la oscuridad era tal, que sólo pude notar al cabo de un rato que entraban al carruaje un hombre, una mujer y un niño.

Debo advertir á usted que yo sé

dormir en diligencia, y que había pasado en el mesón una noche infernal, de manera, que apenas comenzamos á andar, me cubri la cabeza y me dormí profundamente.

Cuando desperté era ya entrado el día, y pensé, lo primero, en mi exhibición; iba á descubrirme ante mis compañeros de viaje y á darles los buenos días; abrí un ojo y percibí al través de mi espeso velo, que mis compañeros tenían la cara cubierta y dormían.

Al cabo de un rato despertó el compañero.

Esto me contuvo.

En seguida, despertó la muger, se descubrió, y al ver al compañero hizo un movimiento de sorpresa.

Esto acabó de decidirme á permanecer con la cara cubierta.

—¡Don Francisco! balbutió la señora y su semblante se descompuso notablemente.

—¡Elena! exclamó el compañero y tomó entre las suyas las manos del señor.

Aquí va á pasar algo bueno, dije para mí y no debo descubrirme; fingiré que sigo durmiendo. Hubo una pausa, durante la cual D. Francisco y Elena se quedaron viendo uno á otro, no sabiendo como romper el silencio.

—Todo se puede reparar, dijo don Francisco.

—Es tarde; dijo aquella señora á quien nombraré Elena, supuesto que desde ese momento supe su nombre. Le confesaré á usted que cuando Elena dijo: ¡Es tarde! me acordé de la Traviata y estuve á punto de reirme.

—Para una reparación nunca es tarde, hoy mi posición es distinta, y no me pararé en los medios.

—Todo concluyó entre nosotros; ¡me ha hecho usted llorar tanto!...

—Perdóneme usted, Elena, se lo pido á usted en nombre de nuestro hijo.

Elena llevó la mano á la boca indicando á D. Francisco que callase; en seguida le mostró el niño que iba dormido. D. Francisco lanzó una exclamación, que por lo estrepitosa me pareció que requería un movimiento de mi parte; pero los actores de aquella escena parecían estar bastante preocupados con sus asuntos para cuidarse de mí.

Elena había descubierto la cara al niño. No se si sería el efecto de la luz rosada de la aurora, pero aquel niño me pareció encantador.

A D. Francisco le estaba pareciendo enteramente lo mismo que á mí, porque se puso muy inquieto y procuraba con ahínco besar al niño; pero Elena contenía á D. Francisco para que su hijo no despertara.

—Es mi hijo ¿no es verdad?

Elena contestó con una mirada de madre.

Aquella mirada fué un *sí* de los más elocuentes que yo he visto.

Como éramos solo cuatro pasajeros ocupábamos los cuatro rincones de la diligencia; pero D. Francisco desde las primeras palabras del reconocimiento se había pasado al lado de Elena.

Llegamos á la primera posta y me fué preciso despertar.

Como la primera parte de aquella historia había pasado, según sus actos, desapercibida para mí, supuesto que me creían dormida; D. Francisco y Elena adoptaron, sin ponerse de acuerdo, un estilo enigmático para poder continuar su interesante diálogo delante de mí.

—*Él* está dispuesto á reconocer á su hijo y ya corre de su cuenta.

—*Pero ella* tiene miramientos que guardar y compromisos que respetar.

—Todo lo demás importa poco; lo esencial es que *él* ha encontrado á su hijo.

Como es de suponer la conversaci6n se mantuvo animada en todo el camino, y yo tuve ocasi6n de enterarme de una intriga que referiré á usted con todos sus pormenores.

Creí no volver á ver á aquellas personas, y aun por lo pronto no supe su paradero; pero hace algunas noches he sabido que el niño aquel de la diligencia, es precisamente ese jóven por quien usted se interesaba en el teatro y el mismo que se pasa hoy ante la sociedad como sobrino de D. Francisco á quien usted conoce perfectamente.

—Y sabe usted el nombre del jóven? le pregunté á la señora.

—Sé que se llama Chuchó, pero en

cuanto á su apellido corren varias versiones: unas le dan el de D. Francisco, otras le llaman Flores, y más generalmente le he oído llamar «Chcho el Ninfo.»

En esta época en que ya Chucho el Ninfo figuraba en la categoría de pollo Elena había vuelto á México, madre de dos niños que en nada se parecían á Chucho, y á quienes todos conocían con el nombre de los niños Aguados.

Con diez años más, Elena estaba ya completamente tranquila en materia de posadas; pero no así con respecto á sus asuntos.

Las amigas de Elena apenas la reconocían; había desaparecido por completo aquel resto de gentileza y aquella morbidez que tanto efecto hicieron en el coronel, con quien según expresión de la misma Elena, había purgado todos sus pecados.

Con el último de los niños Aguados,

había caído sobre Elena el crudo otoño blanqueando sus cabellos.

Por lo que toca á Chucho, al poco tiempo de su reconocimiento por don Francisco se separó de su mamá para vivir en una hacienda al lado de D. Francisco, á quien desde entonces llamó su tío; de manera que hacía cerca de diez años que no veía á su madre, y por supuesto no conocía á sus hermanitos.

Chucho al pasar de la casa materna á la de su tío, llevando todos los defectos de su educación afeminada, no hizo más, por desgracia, que agregar á sus costumbres malas y viciadas todos los defectos inherentes á la ociosidad opulenta.

Don Francisco era un rico-home, pagado de su hacienda y jurando que no hay nada más allá de una buena cosecha de trigo.

Don Francisco creía dedicar á su sobrino al campo, y en realidad á eso lo dedicaba prácticamente, desechando el estudio teórico de la agricultura, los conocimientos anexos y las aplicaciones de la ciencia; pues D. Francisco era de los que se reían de los libros como invenciones de extranjeros muy propias para otros climas y otras costumbres; pero no para este país privilegiado en el que la madre naturaleza es tan pródiga.

Don Francisco vivía solo, pasaba por viudo, y como la mayor parte de su vida la había empleado en el campo su salud era perfecta y representaba menos años de los que contaba.

Chucho se fastidiaba soberanamente en medio de las monótonas tareas del campo, y el aislamiento en que vivía lo obligaba á buscar incesantemente un género de distracción más adecuado á

sus instintos que los surcos y los herraderos, las pizcas y las matanzas.

No tardó Chucho en acreditarse en más de veinte leguas á la redonda y era tenido por las lugareñas y ranche-ritas de las haciendas y pueblos colindantes, como un excelente bailaror, galante y apuesto como pocos.


Entre aquellas buenas gentes Chucho no era conocido con el apodo de Chucho el Ninfo, sino por «*el niño de la hacienda,*» en cambio Chucho nunca llegó á acreditarse ni de labrador ni de valiente; pero sí alcanzó renombre entre el bello sexo, que se disputaba á porfía los favores del niño de la hacienda.

Toda la servidumbre de D. Francisco, incluso la peonada, que era numerosa, le llamaban á Chucho *el niño*.

Con estos antecedentes y después de un aprendizaje y noviciado, Chucho

vino á México después de diez años de ausencia, apareciendo de la noche á la mañana en los altos círculos á donde ingresó por medio de las relaciones de D. Francisco, quien en su carácter de antiguo y rico labrador cultivaba relaciones con esa parte de la sociedad mexicana que representaba la aristocracia del capital.

No tardó Chucho en verse rodeado de los jóvenes más elegantes y en contraer amistad con las principales familias: se exhibió en Bucareli en el coche de D. Francisco y algunas veces montando magníficos caballos.



CAPÍTULO VI.

En el que, anudando el hilo de la historia, volvemos á encontrar á nuestros personajes.

No pasaba día por Perez:
Los diez años transcurridos habían probado la excelencia de las razas primitivas, pues como sabe el lector, Perez era trigüeño, y su negra cabellera era de esas que saben resistir el hielo de los años.

Perez nunca olvidó á Elena; su amor resistió á la prueba del tiempo, de la ausencia y de la distancia, y siempre estuvo al tanto de la vida de Elena; de manera que Perez fué el primero que